

art buchwald

EL VIAJE DE ROCKEFELLER

WASHINGTON.— El Departamento de Estado ha estado trabajando mucho para explicarse qué función mal en el viaje del gobernador neoyorquino Nelson Rockefeller a Latinoamérica.

Como quería saber realmente lo que ocurrió, hablé con mi amigo González, un diplomático sudamericano.

—Ustedes los norteamericanos siempre hacen mal estas cosas...

—¿Por qué?

—Creen que la solución de los problemas latinoamericanos es mandar embajadores de buena voluntad...

—Pero el presidente Nixon envió a Rockefeller para demostrar a los pueblos del Sur que los Estados Unidos no los olvidan...

—Sí, esa es la equivocación. Los sudamericanos creían que ustedes los habían olvidado y se sentían felices. Pero cuando Rockefeller fue enviado recordaron sus quejas y decidieron hacer manifestaciones. Debieran haberles dejado solos.

—Esa es su opinión, González, pero la verdad es que el presidente Nixon se siente muy próximo a la América Latina y deseaba tener un gesto amistoso enviando a Rockefeller a una gira por aquellas tierras.

—¿Está usted seguro?

—¿Qué quiere decir?

—¿Quién ha sido el más famoso embajador de buena voluntad a América del Sur en nuestros tiempos?

—Richard Nixon, cuando era vicepresidente bajo Eisenhower.

—¿Y qué le ocurrió en América del Sur?

—Fue atacado con piedras y tomates...

—Sí, señor. Y ahora, habiendo tenido semejante recibimiento, ¿por qué envió a Rockefeller?

—Porque..., porque... Oiga, González, ¿usted no querrá insinuar que envió a Nelson a propósito?

—Bueno, Nixon nunca ha sentido gran afecto por Rockefeller, creo...

—No sé si serán buenos amigos, pero no puedo creer que Nixon enviara a Nelson para... Pero puede ser... González, ¡qué terrible idea me ha metido usted en la cabeza!

—Es posible que Nixon no lo haya hecho, conscientemente, pero hasta presidentes como los de ustedes hacen cosas inconscientemente...

—El antiguo Nixon podría haberlo hecho, pero no el nuevo Nixon. Cerraré mis oídos a semejante blasfemia.

—Señor, la diferencia entre la América del Norte y la del Sur es que en nuestros países encarcelamos o desterramos a la oposición. Pero en el suyo los rivales son enviados en jiras de buena voluntad. Nuestro método es más civilizado.

—Bueno, González, si lo que usted dice es cierto, permítame hacerle una pregunta. ¿Por qué aceptó Rockefeller la misión?

—Es muy sencillo. Para no tener que hacer campaña en favor del alcalde de Nueva York, Lindsay.

(Copyright 1969. The Washington Post Co.—Distribuido por Editora Press Service Inc.—Agencia Zardoya.)



POMPIDOLISMO

Cuestión de matices

«Plus a change, plus c'est égal», se decía antes en Francia. La frase, con Pompidou, se vuelve por pasiva. Todo es igual y todo comienza a ser diferente. Su conferencia de prensa es un modelo. La política de Francia con respecto a Israel no ha variado, dice. Pero... El embargo de armas va a ser «flexible y selectivo», que «dependerá de la evolución de la situación sobre el terreno». Más o menos, parece esto significar que si Francia viera una superioridad posible de los ejércitos árabes sobre Israel, cambiaría los términos de su embargo. Parece que la política francesa sería la de ayudar siempre al más débil, o sostener siempre un equilibrio en la guerra. Lo que Francia quiere ahora es que el Estado de Israel «pueda vivir en paz en el interior de fronteras garantizadas y reconocidas» y para esta posición respecto a Israel no ha vacilado en uti-

lizar el equívoco argumento de que «Francia no olvidará jamás el martirio sufrido por los judíos, y especialmente por los judíos franceses, a manos de los nazis». No parece que nadie en el mundo sea capaz, por ahora, de olvidar aquella monstruosidad histórica, si bien sus relaciones con la geopolítica de 1969 en Oriente Medio no son fácilmente demostrables. Los términos del Presidente Pompidou son muy distintos de los que ha empleado De Gaulle cuando ha tratado este tema, aunque resulten envueltos por las palabras iniciales del Presidente al recordar que, once años atrás el general De Gaulle iniciaba la construcción de las instituciones francesas, que las elecciones presidenciales han demostrado la adhesión popular a esa V República y que el general De Gaulle se retiró «voluntariamente».

EL GENERAL, PESIMISTA

Según los pocos fieles que le han visto, De Gaulle ve muy oscura la situación internacional. Para él, los americanos han adquirido una nueva superioridad estratégica sobre los soviéticos gracias a su adelanto en la experimentación de los «ingenios con carga nuclear múltiple» —se trata de la última «arma absoluta», que puede forzar las defensas de las redes de misiles anti-misiles—. Por esto, Nixon no tendrá prisa para llegar a un acuerdo con Kossyguin sobre el desarme, y las conversaciones entre los dos grandes, que deben abrirse el 31 de julio próximo, se saldarán con un fracaso.

De Gaulle prevé también que el gobierno de Moscú, descontento por esta actitud y decepcionado por el hecho de que los americanos no hayan obligado a la Alemania de Bonn a firmar, antes de las elecciones legislativas de septiembre, el tratado de no-diseñi-

nación nuclear, reaccionará endureciendo su actitud respecto a Berlín, el Oriente Medio y el Vietnam. Para el general, estos «puntos álgidos» pueden estallar violentamente en el transcurso del verano, y es importante el que Francia mantenga más que nunca su «política de independencia nacional», para no ser arrastrada más allá de lo que quisiera en conflictos en los que sus intereses directos no están en juego. Este punto de vista es compartido por Michel Debré. El nuevo ministro de Defensa Nacional afirma que el mundo está amenazado por graves crisis internacionales y que la «guerra fría» podría renacer si los alemanes logran acceso al «club atómico» a través de una «force de frappe» europea. Por ello, Michel Debré declara que debe velarse celosamente por que la «fuerza de disuasión» francesa siga siendo autónoma y no se «europeice» progresivamente.